

de muchos que tuvieron la fortuna de conocerle; y á la vuelta realizaron el plan que habían formado de antemano.

Juanita llegó á su casa espantada: contó que habían asaltado á su padre tres ladrones, y que estaba en grave peligro su vida. Los que en ella estaban se alarmaron al instante; salieron varios á socorrer al oidor, y en medio de esta confusión el mendigo, ó el licenciado Verdad, se fué á ocultar allá en el aposento de la imprudente joven.

IV.

LA GANZUA.

Las dos de la mañana habían dado, y Juanita estaba sentada en su aposento, con sus grandes y ardientes ojos negros clavados en tierra, escuchando lo que la decía Verdad, el cual estaba en pie y fija la vista sobre ella.

—Eres mi esposa, si no ya ante los altares y por medio de un sacerdote, por consentimiento mutuo y por un juramento hecho ante Dios. Vas á ser madre de un hijo que lo es mío, y me perteneces tú también.... Resuélvete.

—No.... No.... No....

—¿Quiéres acaso, continuó el joven, que te abandone á la ira de tu padre? Tú no

puedes ya permanecer aquí un solo instante.

—Es verdad, es verdad, dijo Juanita con voz debil y temblorosa: no puedo permanecer aquí, estoy deshonrada, manchada con una nota fea, horrible.... ¡Ah!.... Voy á ser para siempre infeliz: lo sé; pero también sé que un crimen nos conduce á otros crímenes: yo he cometido el primero, no quiero cometer los demás.

—Creí en otro tiempo que me amabas.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y tú lo dudas?... Yo te amo, te adoro, te idolatro, eres mi Dios; sí, tú lo sabes, lo sabes bien. Si no te amara ¿sería yo tan desdichada?

—Si es cierto lo que dices, sígueme; vámonos de aquí, vámonos de este país, de este país de maldición. Tú no sabes lo que soy, no sabes lo que he sido.... Juanita, tú eres el ángel que me ha sacado del inmenso mar de los crímenes, tú eres la que ha introducido en mi alma el honor, la virtud.... Si me abandonases, tu perdición sería inevitable y la mía también: á tí te mataría el desprecio de los hombres, y á mí....

—¿Qué?

—El cadalso.

—¡Gran Dios! exclamó la joven levantándose precipitadamente: ¿Y serías tan bárbaro de ir á ponerte en manos de tus enemigos?

—No; pero seguiría la ruta que el desti-

no me señaló. Yo he nacido entre la virtud, sí, mis padres fueron un modelo de honradez y de nobleza de alma. ¡Misera- ble de mí, también hay flores olorosas y bellas que dan veneno por fruto!... Yo no tengo la culpa de lo que soy: mi co- razón se ha estremecido siempre de mis ac- ciones, pero mi suerte, mi suerte fatal me ha conducido.... Yo no culpo al cielo.... yo culpo á ese sino abominable en que na- cemos los desgraciados.

El rostro del joven tomó un aspecto ter- rible: sus ojos fijos en una parte, pare- cían haber perdido el movimiento natural; sin embargo, una lágrima de ternura rodó, casi á su pesar, por su mejilla. Juanita temblaba: quería hablar, pero las palabras morían en sus labios como el suspiro re- primido de un desdichado que no quiere manifestar sus penas: tenía anudada la gar- ganta, y su corazón era el juguete de su alma atormentada, como lo es el navío de las olas embravecidas del oceano.

—¡Oh! exclamó después de algunos ins- tantes de silencio, yo estoy engañada, mi- serablemente engañada.... Tú no eres lo que creí, lo que estaba tan acostumbrada á creer.... ¿Quién eres? ¿quién eres? ¡por piedad!

—Un proscrito.

—¿Y tu nombre?

—Verdad: ya lo sabes.

—¿Con que es cierto? dijo Juanita, mos-

trando su satisfacción y su alegría, ¿con que es cierto? ¡Ah! yo soy muy feliz, mu- cho: no sé cómo podría explicarte el placer que me causa lo que acabas de decir. Yo temblaba, temblaba y con razón: con esas palabras tan terribles que proferías, cual- quiera habría creído que eras algún malva- do, alguno de esos hombres que derraman á torrentes la sangre de sus semejantes; de esos hombres malditos eternamente por el cielo, y ante los cuales caería yo muerta si los viera una vez. Tú me defenderás siem- pre contra ellos: ¿no es verdad?

—Sí, dijo el joven con voz debilitada y sin levantar los ojos.—Juanita, prosiguió después de un momento de silencio, Juani- ta, es preciso partir: conmigo serás feliz: yo te lo prometo.

—¡Feliz y lejos de mi padre! ¡de mi pa- dre que me ama tanto! ¿Y seré capaz de abandonarlo? No, no, imposible. El me trata mal, me tiene encerrada, me riñe con aspereza; pero es mi padre, y lo debo res- petar. Si vieras lo que me decía mi po- bre madre al tiempo de morir, y me lo de- cía de una manera tan dulce.... “No aban- dones jamás á tu padre, ni le des ningún “pesar: el día que lo desobedezcas, serás “infeliz, infeliz para toda tu vida. Quiérello “mucho, mucho, como si fuera yo misma: “él se queda en mi lugar: no le hagas lo “que no querrías hacerme á mí.” Y luego lloraba, así como yo, lloraba mucho y me

echaba su bendición.... Feliz tú, madre mía, que tiempo ha gozas de la gloria infinita del Criador.

—Pero si al cabo hemos de volver: volveremos, sí, y él nos llamará y nos abrazará luego que se haya pasado su cólera.

—¿Y nos bendecirá, y nos dirá hijos míos, y viviremos con él?

—No lo dudes.

—¿Y dilatará mucho tiempo?

—Un año.

—¡Un año!

—Un año se pasa como quiera, dijo el joven con cierto aire de serenidad y de confianza; un año á más tardar: puede ser antes; el cielo se compadecerá de nosotros, y nos volverá la dicha que tanto ansiamos. Yo escribiré al oidor, y él, viendo que no tiene la cosa remedio, cederá y nos llamará. Ya entonces todo habrá variado en México, y me podré presentar en público sin riesgo alguno.

—Y andaremos en coche juntos, y todos nos tendrán envidia, y dirán los que nos vean: “Aquella es la hija del oidor don Fulano, y aquel es el señor Verdad, que fué aprehendido en unión del virrey Iturrigaray, y que logró escaparse de la prisión, y se casó con esa señorita. Padecieron mucho los pobrecillos; pero al fin Dios se apiadó de ellos, y los hizo felices.”

El joven arrojó un dilatado suspiro.

—¿Por qué suspiras? preguntó Juanita.

—Porque el tiempo pasa, va á llegar el día, y con él nuestra separación eterna, si no te resuelves á partir al instante. Un coche nos espera en la calle contigua: no tenemos más que llegar á él y partir. Vamos.

Al mismo tiempo la tomó de un brazo, dirigiéndola hacia la puerta.

—¿Pero quién nos abre? ¿Ignoras que de algún tiempo á esta parte mi padre mismo cierra el zaguán y guarda la llave?

—Lo sé, y por eso traigo otra. Mírala, continuó mostrándosela.

—No, no; esta no sirve, dijo Juanita examinándola: no es así la que tiene papá.... ¡Jesús! ¡qué llave tan rara! Esta no le viene á la cerradura del zaguán.

—Sí le viene: le viene á todas las cerraduras: es una ganzúa.

—¡Una ganzúa! ¡Dios mío! ¡una ganzúa! Tómala; no la quiero tener, tómalala. ¡Qué horror! ese es instrumento de ladrones. ¿Cómo tienes eso en tu poder? ¿La sabes manejar?

—Sí, es cosa muy fácil; respondió el amante. No temas nada: es como cualquiera otrallave. Por una fortuna la conseguí. Si ha servido para cometer algunos crímenes, ahora servirá para hacer la felicidad de dos esposos. Vamos de aquí, Juanita mía, el tiempo se pierde; dame una prueba de tu amor: sígueme.

Las tres dió el reloj de una iglesia cercana.

—Oye, oye las tres, continuó el joven con voz apresurada. Un instante después, quizá será tarde.

—¡Si vieras cómo tiemblo!...—¡Madre mía, perdón! ¡Oh! ¡madre mía! ¡madre mía! si me puedes ver desde la morada de los justos, cuida de tu desgraciada hija!...

Y cayendo de rodillas, se puso á orar. El joven abrió la puerta, tomó á su amante en los brazos y la sacó fuera del aposento.

—¡Dios mío! exclamaba Juanita con apagada voz, tuya es mi alma; si me sucede alguna desgracia, ampárame.

Bajaron rápidamente la escalera, llegaron al zaguán: el joven, con una velocidad y destreza extraordinaria, comenzó á abrir la puerta. Al instante mismo se oyeron algunos pasos, y un momento después apareció el oidor.

Se había acostado pensando siempre en el mendigo que lo había perseguido aquella noche, y no pudiendo conciliar el sueño, se levantó desesperado para salir al corredor á recibir el fresco. Sintió que bajaban la escalera: se puso á observar, y conoció que alguno se dirigía al zaguán. Al momento fué á tomar sus armas, y á despertar á sus criados: mientras que éstos se levantaban, él bajó solo y sorprendió á los fugitivos. El joven al ver el bulto que se acercaba, y que no podía reconocer por la obscuridad, tapó la boca á Juanita que iba á arrojar un grito de espanto, la empujó ha-

cia un esconce donde no la podían ver sin acercarse, y se precipitó sobre el oidor poniéndole un puñal en el pecho.

—La muerte por una sola palabra que profieras.

Y luego con la mayor velocidad le quitó la espada que el oidor no pudo poner en uso, sacó un cordel que llevaba en el sombrero, y comenzó silenciosamente á atarle los brazos. El oidor hubiera pedido socorro, pero conoció que era aventurar su vida sin necesidad, puesto que sus criados no debían dilatar; en efecto, éstos se presentaron trayendo luces y diferentes armas.

—¡Es el mendigo de los diablos! exclamó el oidor al reconocer á su antagonista. ¡Atenlo! ¡desármenlo!

Antes de que él diera estas órdenes, ya estaban ejecutadas. El joven, como el oidor, había sido sorprendido, y conoció que no tenía más recurso que ceder; arrojó á los pies de éste su puñal y demás armas.

—¿Qué quieres aquí? ¿qué has venido á hacer? gritaba el oidor enfurecido.

—Soy un ladrón público y he venido á robar tu casa, respondió el joven con voz firme.

—¿Por dónde entraste?

—Por esa puerta.

—No pudo ser.

—Sí pudo ser cuando se alarmaron todos los de la casa para socorrerte.

—¿Dónde están tus cómplices?

—No tengo ninguno: he venido solo.

—¡Imposible!—Que se registre la casa.

—Es inútil: mis compañeros están afuera esperándome. Tal vez los entregaré; pero que me saquen de aquí al momento.

—A la cárcel por esta noche.

—Bien.

—Mañana á la horca.

—Bien.

—A los infiernos.

—Que sea pronto.

—Llévenlo á la Acordada de mi parte, dijo el oidor á sus criados.

—No, no, por piedad; gritó Juanita y se presentó ante el oidor asombrado. No es un ladrón, no; es un hombre honrado, yo respondo de él, yo le conozco bien. Quienle esas barbas, son postizas; verán un joven muy hermoso, que no es capaz de hacer mal á nadie, á nadie.

El oidor la había estado escuchando sin tener aliento para pronunciar una sola palabra: al fin mirando á su hija con la saña de un tigre que ve escapar su presa, gritaba:

—¿Qué haces aquí? ¿qué estás haciendo aquí? ¿qué vienes á hacer aquí?

—Lo diré de una vez, sí señor: es mi amante, me ha venido á ver: es el licenciado Verdad que tienen todos por muerto, y que...

—Que ha muerto efectivamente, gritó el oidor con apagada voz. Desnuden el rostro á ese infame.

Los criados obedecieron.

—Ve vd., papá; es...

—¡El Brujo! ¡asesino de profesión! exclamó el oidor.

El joven pretendía ocultar el rostro.

—No puede ser; ¡oh! no, no puede ser, decía Juanita casi sofocada, y cayendo de rodillas ante el oidor, de cuyos piés se abrazaba. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡esto no puede ser!...—Es mi amante, es mi esposo, es el padre del niño que tengo en las entrañas...!

—¡Maldita sea mi suerte! gritaba el oidor, llegando en él la desesperación y el furor á su colmo. ¿Es cierto? ¿es cierto lo que dices? ¿Es cierto?

—Soy madre y él es mi esposo. ¡Perdón, padre mío! perdón: por mi querida madre que nos está mirando desde el cielo; por la Santísima Madre de Jesucristo, perdón.

El oidor no oía, no veía: la tierra volaba bajo de sus piés; sus ojos se revolvían en sus órbitas como queriendo saltar: su labio inferior era presa de sus encarnizados dientes: la espuma salía de su boca, cual si fuese un asoleado corcel, ó un can rabioso: sus manos rasgaban sus vestidos, y mecían sus nevadas canas con inaudita furia: era un hombre sin conocimiento; la fiebre lo devoraba, estaba poseído.

Arrebató velozmente el puñal del preso que estaba tirado en el suelo, y sin dar tiempo á que sus criados abortos le detu-

vieran, agarró de los cabellos á su hija, que permanecía á sus piés, y clavándole en el seno repetidas veces el agudo estoque, gritaba lleno de encono:

—¡Muere con tu detestable hijo! ¡Yo te maldigo! ¡El infierno se abre ya para recibirte!!!

Noviembre 27 de 1836.



Manolito el Pisaverde.

(México 1832.)

¡Oh infeliz una y mil veces
la que se ve aborrecida
de la cosa que más quiere!

CALDERON.—EL TETRARCA.

I.

EL BAILE.

Como ondean agitadas por el viento las espigas de las cañas formando confuso murmurio, así en el magnífico salón de D. Fernando Murtas se movían las cabezas de multitud de convidados que esperaban ansiosos la hora del baile, bramando impacientes como el can encadenado que ve pasar un hombre frente de sí. Empero el baile dilataba aún, porque algunos cantadores, en unión de la hija única de D. Fernando